

Carta Pastoral de Mons. Antonio Dorado

Obispo de Málaga

“MADRE INMACULADA”

La Inmaculada Concepción de María,

una luz que abre nuevos horizontes

Adviento 2004

PREÁMBULO

La defensa de la concepción inmaculada de María ha sido una tradición para las Hermandades malagueñas erigidas antes de la solemne definición de este dogma, el año 1854. Fiel a esta actitud de sus mayores, la hoy denominada **Muy Antigua, Venerable y Pontificia Archicofradía Sacramental de Nazarenos del Santísimo Cristo de la Redención y Nuestra Señora de los Dolores**, de la parroquia de San Juan Bautista de la ciudad creó, en Octubre de 1982, el llamado “Pregón de la Pura y Limpia Concepción de María Santísima” con el fin de “exaltar el Dogma de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora y todas sus virtudes”. De esta manera, quería renovar el compromiso de sus Constituciones del año 1688, por el que consideraba el primer deber de todo cofrade “el defender y difundir la preclara verdad de la Concepción sin mácula de Nuestra Señora”. Dicho acto, el único estrictamente no litúrgico que se celebra anualmente en Málaga para conmemorar la fiesta de la Inmaculada Concepción, se ha visto rodeado tradicionalmente de toda solemnidad y ha constituido una espléndida ocasión para recuperar y disfrutar algunas piezas musicales únicas y para estimular la imaginación de los hermanos cofrades y su apuesta por la estética que se merece la Virgen.

Este año, en el que celebramos el 150 aniversario de la Definición de este dogma por el Papa Beato Pío IX, los Hermanos de esta Venerable Hermandad han tenido a bien pedir que sea su Obispo el que tome la palabra para cantar las glorias de María. Como me corresponde, por mi condición de Pastor de la Diócesis de Málaga, deseo aprovechar esta ocasión para proclamar el Evangelio de la Inmaculada Concepción de María y para proponer lo que considero el significado pastoral de esta efemérides. Estoy convencido que la Santísima Virgen nos ha congregado aquí esta tarde para decirnos lo que dijo a los discípulos en las bodas de Caná, mostrándoles a su Hijo: Haced lo que Él os diga.

LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA, UNA LUZ QUE ABRE NUEVOS HORIZONTES

1.- “Cuántas veces, siendo niño te recé”

Es difícil encontrar a una persona andaluza que no pueda hacer suyas estas palabras de un canto popular: “¡Cuántas veces, siendo niño, te recé!”. Porque la Virgen es seguramente la figura más querida y familiar del católico nacido y criado en estas tierras. Incluso aquellos que dicen haber perdido la fe, lo último que abandonan es la devoción a Santa María. Y no es infrecuente que, a la par que se declaran agnósticos, acudan cada año a ver salir en procesión a su imagen querida e incluso la acompañen. Sólo Dios y ellos saben lo que sucede en su espíritu.

El filósofo Miguel de Unamuno cuenta, en su “Diario íntimo”, que al alejarse de la práctica religiosa se imaginaba a la Virgen María que, en pie a la puerta de casa, le seguía mirando con los ojos llenos de dulzura, como si esperara su regreso. Sin saberlo, estaba repitiendo esa idea certera de un canto popular religioso muy conocido, que dice: “Una madre no se cansa de esperar”.

Desde tiempo inmemorial, el pueblo cristiano ha tenido conciencia nítida de que la Virgen, como dice el Vaticano II, “*colaboró de manera totalmente singular en la obra del Salvador, por su fe, esperanza y ardiente amor, para restablecer la vida sobrenatural de los hombres. Por esta razón es nuestra Madre en el orden de la gracia*” (LG 61). Por eso, los seguidores de Jesucristo nos hemos dirigido a Ella en nuestras preocupaciones y alegrías. Y cuando a lo largo de los años hemos acudido a su amparo, convencidos de que es Madre de Dios y Madre nuestra, Causa de nuestra alegría, Refugio de los pecadores, Salud de los enfermos, Auxilio de los cristianos y Consuelo

de los afligidos, resulta difícil olvidar del todo las experiencias de fe que ha dejado sedimentadas en nuestro espíritu. Aunque la fe de muchos se haya ido debilitando y apagando a partir de la adolescencia o en una edad más tardía.

Y de igual manera que ha dejado posos inextinguibles en el corazón de las personas, la figura de la Virgen sigue impregnando actualmente la vida y la cultura de nuestro pueblo, empezando por los nombres y las fiestas populares, siguiendo por las edificaciones más nobles que adornan nuestros pueblos y ciudades y terminando por el contenido más logrado de nuestros museos.

Precisamente porque la figura de Santa María está entrañada en el alma popular, incluso de aquellas personas que ya no le dirigen sus plegarias ni le rezan, nuestros hermanos en la fe de Hispano América vieron, hace veinticinco años, la importancia de tener en cuenta la espléndida plataforma de la piedad popular para proclamar y vivir el Evangelio. La tercera Conferencia del Episcopado Latino Americano, reunida en Puebla de los Ángeles, preocupada por fomentar la autenticidad evangélica y por presentarla como acicate para el desarrollo económico, social, humano y cristiano de los pueblos del continente americano, no dudó en hablar de “la fuerza evangelizadora” que poseen las diversas formas de Catolicismo Popular. Entre dichas manifestaciones tienen enorme importancia las relacionadas con la Virgen, como también nos recuerda sin cesar el Magisterio de la Iglesia. El motivo, según palabras de Juan Pablo II referidas a América, es que Ella y “sus misterios pertenecen a la identidad propia de estos pueblos y caracterizan su piedad popular”.

Esta afirmación del Santo Padre se puede aplicar con rigor a nuestra Andalucía y constituye un acicate para nuestra vida de fe y nuestras tareas pastorales. En la Diócesis de Málaga tenemos un Proyecto Pastoral cuyo objetivo es la evangelización, y la parte

de dicho proyecto que se está desarrollando durante este curso quiere centrar su mirada en “descubrir, alentar y purificar la fuerza evangelizadora del Catolicismo Popular”.

Y es que, a pesar de carencias evidentes, la expresión de fe de las personas sencillas tiene valores indudables. En fechas aún recientes, un experto en la materia nos recordaba en la reunión plenaria del Consejo Pastoral Diocesano la rica creatividad de nuestro pueblo andaluz, su confianza en la misericordia divina, su fe en la cercanía de Dios, su sentido festivo al saber que Dios nos ama, la importancia que a reserva a los sentimientos en la vivencia religiosa y la transmisión de las devociones concretas de padres a hijos. Son algunos elementos indudablemente positivos de nuestro Catolicismo Popular. Sin duda, hay que darles un contenido evangélico mayor, pero sin olvidar sus valores y sus posibilidades evangelizadoras. Y éste es el motivo que me mueve hoy a presentar estas reflexiones sobre la Santísima Virgen.

2.- María es la puerta que nos lleva a Jesucristo

Toda la vida cristiana se centra en el misterio de la Santísima Trinidad. Por tal motivo, cuando los cristianos comenzamos a rezar, lo hacemos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y en la celebración de la Santa Misa, nos dirigimos a Dios Padre para que envíe al Espíritu Santo y santifique el pan y el vino con la presencia viva de Jesucristo muerto y resucitado. Al terminar, el sacerdote nos bendice y nos envía a proclamar el Evangelio en el nombre de Dios Padre, de su Hijo único Jesucristo y del Espíritu Santo. Y es que la fe en Dios Padre, Creador del cielo y la tierra; en Jesucristo, su Hijo, que se hizo hombre, murió por nuestros pecados, ha resucitado y está vivo; y en el Espíritu Santo, Señor y Dador de vida, constituye el núcleo central de nuestra fe.

La Virgen María, a pesar del papel tan relevante que ocupa en la vida de fe de los católicos, es sólo una mujer. Pero esta constatación, en vez de disminuir el amor y la veneración de sus hijos, nos adentra más en el corazón mismo del cristianismo, pues los seguidores de Jesucristo creemos y confesamos que Dios, el Hijo unigénito de Dios, se hizo hombre para compartir nuestra vida y nuestra historia y para hacernos a todos hijos de Dios. Por eso, San Pablo, que no duda en afirmar la divinidad del Señor, le presenta como “nacido de mujer” (Gl 4,4).

Esta expresión de San Pablo es una forma sencilla y tremendamente expresiva de recordar la verdad más original y más importante de la fe cristiana: que el Hijo de Dios se hizo hombre, murió por nuestros pecados, ha resucitado y está vivo en medio de su Pueblo y de todo el universo. Y María es la puerta por la que el entró en la existencia humana para hacernos hijos de Dios y por la que hoy numerosas personas acceden a Jesucristo.

Con palabras de San Gregorio Nacianceno, *“el Hijo de Dios, el que es anterior a todos los siglos, el invisible, el incomprensible, el incorpóreo, el que es principio de principio, luz de luz, fuente de vida y de inmortalidad, representación fiel del arquetipo, sello inamovible, imagen absolutamente perfecta, palabra y pensamiento del Padre, el mismo se acerca a la criatura hecha a su imagen y asume la carne para redimir a la carne; se une con un alma racional para salvar mi alma, para purificar lo semejante por lo semejante; asume nuestra condición humana asemejándose a nosotros en todo, con excepción del pecado. Fue concebido por una virgen que previamente había sido purificada en su alma y en su cuerpo por el Espíritu (...), nació Dios con la naturaleza humana que había asumido”* (PG 45, 9).

“Dios se hizo hombre, dice San Atanasio, para que el hombre se hiciera Dios (...) El hombre pecó y se convirtió en reo; Dios nació como hombre para que fuera

liberado el reo. El hombre cayó, pero Dios descendió. Cayó el hombre miserablemente, bajó Dios misericordiosamente; cayó el hombre por la soberbia, bajó Dios con su gracia” (Serm. 13 de *Tempore*), y nos dio por madre a su Madre.

Por eso enseña el *Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia*, que el amor entrañable del pueblo cristiano a la Virgen “brota de la fe y del amor del Pueblo de Dios a Cristo, Redentor del género humano, y de la percepción de la misión salvífica que Dios ha confiado a María de Nazaret”, pues para los seguidores de Jesús, “la Virgen no es sólo la Madre del Señor y del Salvador, sino también, en el plano de la gracia, la Madre de todos los hombres” (n. 183), que, con palabras del Concilio Vaticano II, “*continúa procurándonos con su múltiple intercesión los dones de la salvación eterna*” (LG 62).

Y además de ser la Madre de Dios, la Virgen es el modelo más destacado en la fe, en la esperanza y en el amor para sus hijos (cf LG 63). Por tal motivo, la Iglesia y cada cristiano, “*meditando sobre Ella con amor y contemplándola a la luz del Verbo hecho hombre, lleno de veneración, penetra más íntimamente en el misterio supremo de la encarnación y se identifica cada vez más con su Esposo*” (LG 65). Lejos de ser un obstáculo que nos impida descubrir que el único Mediador entre Dios y los hombres es nuestro Señor Jesucristo, María es el camino más corto hacia su Hijo, hacia el misterio de la encarnación y hacia el seno de la Santísima Trinidad. Y conviene explicar con nitidez este papel subordinado de María para que los cristianos de otras confesiones, que abundan en nuestra diócesis, no vean un obstáculo en la manera de entender el amor y la veneración que tenemos a la Virgen los católicos.

Esta misión de guía y de acompañante se pone de manifiesto admirablemente en el rezo del Rosario. Esta oración tan popular, en lugar de ocultarnos a Jesucristo tras la devoción a María nos lleva a caminar por los misterios de la vida del Señor, cogidos de

la mano de su Madre, que, al ritmo sosegado del “Ave María”, nos ayuda a adentrarnos en lo que constituye el núcleo de la fe que confesamos y que nos salva: la encarnación, la existencia humana, la muerte y la resurrección de Jesucristo, que ascendió a los cielos y nos ha enviado el Espíritu Santo como prenda nuestra futura resurrección.

3.- Un culto en espíritu y en verdad

El Concilio Vaticano II, que ha sido un don maravilloso de Dios a su Pueblo, se propuso como meta presentar el Evangelio al hombre de nuestro tiempo. En diálogo con la cultura moderna, buscó la manera más eficaz y sugerente de dar respuesta evangélica a los problemas y a las preguntas que se hace el hombre. Ese hombre que dispone de bienes abundantes en los países ricos y se ve sacudido por la desesperanza y violencia; ese hombre que no cesa de proclamar los derechos humanos y permite que mueran cada día, en los países más empobrecidos, miles de personas inocentes; ese hombre que ha escalado los espacios y es incapaz de implantar la justicia y la paz en esta tierra; ese hombre que se enorgullece de sus conquistas científicas y técnicas, y apenas sabe nada de su interioridad y de cómo lograr una vida personal que sea sencillamente humana; ese hombre que se niega a hablar de Dios, y, sin embargo, da un culto ciego al placer, al dinero y a las personas que se erigen en “estrellas” por su riqueza, sus capacidades artísticas o su desenfado a la hora de lucir la propia desvergüenza.

A pesar de haber transcurrido cuarenta años desde su clausura, los cristianos de hoy no hemos asimilado todavía las espléndidas posibilidades que ofrece el Vaticano II para vivir y proclamar la fe. Hemos dado pasos ciertamente, pero es mucho lo que nos resta por hacer, también en lo que se refiere a un discernimiento evangélico sobre el Catolicismo Popular. En la estela del Concilio, Pablo VI tuvo el coraje de abordar la

devoción a la Santísima Virgen en su Exhortación Apostólica *El culto mariano*. Consciente de los cambios que se habían producido en la sociedad, recomendaba a la Iglesia revisar sus devociones y las formas de piedad populares, convencido de que “*nuestra época, escuchando fielmente la tradición y considerando atentamente los progresos de la Teología y de las ciencias, contribuirá a la alabanza de Aquella que, según sus proféticas palabras, llamarán bienaventurada todas las generaciones*” (MC, Introducción).

En fechas aún recientes, Juan Pablo II nos ha ofrecido una síntesis espléndida sobre la figura de María como discípula a la vez que como Madre; y sobre su misión en el seno de la Iglesia. Su encíclica *Madre del Redentor*, junto con el *Directorio sobre la piedad popular y la Liturgia* deben ser el punto de referencia obligado para la Iglesia y, de manera especial, para las asociaciones marianas.

Por mi parte, siguiendo lo que nos dice la Constitución dogmática del Concilio Vaticano II *Luz de las gentes*, me voy a limitar a resumir en cuatro verbos la devoción a la Santísima Virgen: conocerla, amarla, imitarla e invocarla.

1) ***Hay que empezar por conocerla.*** El primer deber de un hijo para con su madre consiste en conocerla a fondo. Pablo VI señaló con mano maestra las fuentes en las que se debe inspirar todo estudioso y todo devoto que pretenda acercarse a la persona de María: la sagrada Biblia y la Liturgia de la Iglesia. Trece años más tarde, Juan Pablo II, nos ha dado una preciosa semblanza de María en Encíclica *Redemptoris Mater*, La Madre del redentor. Y aunque no es mi propósito recordar dicha semblanza humana y teológica de la Virgen, voy a poner aquí de relieve algunos aspectos tomados del nuevo Testamento, que considero muy útiles dar hondura a la devoción mariana. Es verdad que la Biblia habla poco de María, pero lo que nos ofrece el Nuevo Testamento

basta para tomarla como un ejemplo fecundo y luminoso de discípula, válido para todos los tiempos y lugares.

Entre los rasgos que ofrece de su personalidad, sobresale su fe. “*¡Feliz la que ha creído que se cumplirán las cosas que le fueron dichas de parte de Dios!*”, le dirá Santa Isabel (Lc 1,45). Una fe capaz de acoger el mayor acontecimiento de los siglos, como fue la encarnación del Hijo de Dios en su seno, y de mantenerse en pie junto a la cruz en la que lo vio agonizar. Porque era humana, María experimentó también la oscuridad de la fe, como ponen de manifiesto ciertos pasajes evangélicos, pero entonces se ponía en manos de Dios y rumiaba sus palabras en lo más hondo del alma.

Además de su precioso testimonio de fe, tan necesario en nuestros días, cuando tenemos que vivir el Evangelio a la intemperie bregando contracorriente, destaca su amor a Dios y a los hermanos más débiles. Las breves y escasas escenas evangélicas que nos la muestran, la presentan siempre en actitud de escucha a Dios y de servicio a los hombres. Así, cuando va a casa de su prima Isabel, una mujer de edad ya avanzada que está esperando un hijo (cf Lc 1, 39-56; cuando, en Caná, intercede ante Jesús a favor de una pareja, para que no se malogre su fiesta (cf Jn 2, 1-12); o cuando acompaña a los Apóstoles, desconcertados porque ya no ven a Jesucristo y el Espíritu se hace esperar más de lo que habían previsto (cf Hch 1, 12-14). Son ligeros apuntes de una vida que iba creciendo continuamente en el conocimiento y en la búsqueda de Dios; ese Dios que es puro Amor, como nos dice San Juan.

Otro rasgo eminente de su vida es la esperanza, un bien tan necesario siempre y tan escaso en nuestro tiempo. Cuando murió Jesucristo y se dispersaron los discípulos, toda la esperanza de la Iglesia en ciernes se concentró en su corazón de Madre. Quizá por eso los evangelistas no nos dicen que se le apareciera Jesucristo resucitado, porque sólo Ella no necesitaba apariciones para saber que estaba vivo.

Finalmente, en estos tiempos en que se presenta como un valor la facilidad con que se cambian la palabra dada y las promesas, deseo resaltar la fortaleza de la Virgen, que ocupa un lugar destacado en su experiencia creyente. Su serenidad cuando constató la turbación y las dudas de José (cf Mt 1,19-25); su confianza cuando tuvo que escapar de los soldados de Herodes que trataban de eliminar a su hijo recién nacido (cf Mt 2,13-15); y su serenidad ante la cruz de su Hijo son un testimonio para todos los que la conocemos y la amamos (cf Jn 19,25-27). Ni una queja que manifestara su inquietud, ni un rencor hacia los que torturaron y mataron al hijo de sus entrañas, ni un reproche a quienes lo abandonaron en los momentos más duros.

2) *El conocimiento desemboca en el amor afectivo y efectivo.* He presentado cuatro rasgos de su existencia cristiana, cuatro virtudes que constituyen los cimientos de su entrega a Dios y de su servicio a la obra redentora de su Hijo. Cuando meditamos en estas escenas que han dejado los evangelistas y en los textos del Antiguo Testamento, que ofrece la Liturgia y que cobran un sentido nuevo a la luz del Evangelio, es natural que nos inunde el amor a la Virgen. Un amor afectivo, que caldea el corazón y nos da ese nuevo ardor creyente que tantas veces ha mencionado el Papa como un ingrediente necesario para la nueva evangelización. Y un amor efectivo, que se caracteriza porque va impregnando progresivamente nuestra vida del espíritu de las bienaventuranzas. La limpieza de corazón, la misericordia entrañable hacia todos, la cercanía liberadora junto al que sufre y la pasión por la justicia son actitudes que revelan la autenticidad de una devoción madura a la Santísima Virgen. Es lo que nos sugiera también la riqueza de los textos litúrgicos, otra fuente segura para conocer a nuestra Madre. Pues aunque no nos ofrecen curiosidades sobre María, nos revelan la fuente secreta de su vida de fe y, al

mismo tiempo, nos introducen en lo más profundo de su corazón de Madre y de su amor incondicional a Dios y al hombre.

3) *El amor auténtico a María invita a imitarla.* Si el amor se reduce a llevarle flores, a ponerle coronas preciosas, a bordarle ricos mantos y a cantar luego sus glorias, desvirtuamos el Evangelio, porque todos estos símbolos tienen importancia en cuanto que son símbolos de un amor que penetra en alma de sus hijos para transformarla, pues los símbolos externos son necesarios porque somos cuerpo y alma, pero su veracidad se pone de manifiesto en la medida que llevan al creyente a convertirse y a profundizar en las virtudes teologales, siguiendo el ejemplo de vida que nos ha marcado Jesucristo.

Dado que los humanos necesitamos personas que nos sirvan de referencia limpia para desarrollar nuestro yo más profundo, la Virgen María, como enseña el Concilio, es el prototipo ideal para el seguimiento de Jesucristo. Es verdad que le tenemos a Él, a Jesús de Nazaret, pero al confesar que es Hijo Unigénito de Dios, resulta inalcanzable. María, tan sencillamente humana, está al alcance de todos. Con palabras del Concilio, la Iglesia, que somos todos y cada uno de nosotros, *“imitando a la Madre del Señor, por la virtud del Espíritu Santo, conserva virginalmente la fe íntegra, la sólida esperanza, la sincera caridad”* (LG 64). Ella es el modelo más logrado de cristiana. Precisamente el conocimiento y el amor de sus hijos deben desembocar en su imitación, para que el culto a la Virgen no se quede en ideas abstractas o en un sentimentalismo estéril.

Pablo VI, siempre atento a la sensibilidad de la mujer en la Iglesia, presenta el ejemplo de María con estas sugerentes afirmaciones:

“La mujer contemporánea, deseosa de participar con poder de decisión en las elecciones de la comunidad, contemplará con íntima alegría a María que,

admitida al diálogo con Dios, da su consentimiento activo y responsable no a la solución de un problema contingente, sino a la ‘obra de los siglos’, como se ha llamado justamente la Encarnación del Verbo; se dará cuenta de que la opción del estado virginal por parte de María, que en el designio de Dios la disponía al misterio de la Encarnación, no fue un acto de cerrarse a algunos de los valores del estado matrimonial, sino que constituyó una opción valiente, llevada a cabo para consagrarse totalmente al amor de Dios; comprobará con gozosa sorpresa que María de Nazaret, aun habiéndose abandonado a la voluntad del Señor, fue algo del todo distinto de una mujer pasiva o de religiosidad alienante, antes bien fue mujer que no dudó en proclamar que Dios es vindicador de los humildes y de los oprimidos y derriba de sus tronos a los poderosos del mundo; reconocerá en María, que ‘sobresale entre los humildes y los pobres del Señor, una mujer fuerte que conoció la pobreza y el sufrimiento, la huida y el exilio: situaciones todas éstas que no pueden escapar a la atención de quien quiere secundar con espíritu evangélico las energías liberadoras del hombre y de la sociedad’ (MC 37).

4) La Iglesia nos recomienda invocarla. Posiblemente la invocación en medio de nuestras dificultades es la expresión más corriente de la devoción a la Santísima Virgen. Es lo que se pone de manifiesto cuando se repasan esas breves expresiones de confianza y afecto que son las letanías del santo Rosario. Mientras se recorren lentamente, uno se da cuenta que todo lo humano, alegrías y sufrimientos, miedos y esperanzas, fracasos y éxitos, han tenido y siguen teniendo una honda resonancia en la devoción a María. Y es natural, porque nada que sea verdaderamente humano es ajeno a Dios y a las relaciones del hombre con Dios.

Pero los creyentes sabemos que estas invocaciones a María, nacidas de nuestra fe y de nuestra pobreza, lejos de convertirse en formas disfrazadas de chantaje a Dios o de pasividad ante los problemas de cada día, tienen que conducirnos progresivamente a saber aceptar con serenidad la voluntad divina y a poner confiadamente nuestra vida en sus manos. Porque únicamente así lograremos introducir en nuestra piedad mariana el “hágase tu voluntad”, como nos enseñó Jesucristo en la oración del “Padre nuestro”.

4.- La Virgen nos ayuda a comprender el misterio de Jesucristo

Reflexionando sobre lo que enseña la Escritura en torno a la figura de María, la Iglesia ha definido cuatro dogmas que nos ayudan a profundizar en el Evangelio. Los dos más antiguos, la Maternidad divina y la Virginitad de María, quisieron dejar muy claro el misterio de Jesús de Nazaret, que es plenamente humano, “*en todo igual que nosotros, menos en el pecado*” (Hb 4,15), sin dejar de ser una Persona Divina.

1) *María, Madre de Dios*. Fue en el primer Concilio de Constantinopla, que se celebró el año 381, donde aparece por vez primera una referencia a María en un símbolo de fe, que es el “Credo de la Iglesia”. Al reafirmar con nueva decisión la doctrina de que Jesucristo es “el Hijo único de Dios, engendrado del Padre antes de todos los siglos; Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, de la misma substancia que el Padre”, añade sencillamente que “*por obra del Espíritu Santo, se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre*” (DH 150).

Esta afirmación absolutamente central de nuestra fe, que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre, llevaría a proclamar cincuenta años más tarde, en un nuevo concilio ecuménico, celebrado en Éfeso, que María es verdaderamente Madre de Dios. El Patriarca de Alejandría, San Cirilo, dice en una carta memorable que los padres

reunidos en el Concilio “*no tuvieron inconveniente en llamar Madre de Dios a la Santa Virgen, no ciertamente porque la naturaleza del Verbo o su Divinidad hubiera tenido origen de la Santa Virgen, sino que porque nació de ella el santo cuerpo dotado de alma racional, a la cual el Verbo se unió sustancialmente*”. Por tal motivo, añade, “*se dice que el Verbo nació según la carne*” (DH 251).

El Pueblo de Dios acogió con alegría esta decisión, no sólo porque venía a poner paz al desasosiego creado por algunos teólogos en torno a la identidad de Jesucristo, sino también porque ahora tenía un motivo más para seguir utilizando, en sus plegarias a la Virgen, el título que nos revela su papel único en la Historia de la salvación: Madre de Dios, que en la lengua griega se dice *Theotokos*.

Y ya en nuestros días, el Vaticano II, además recordarnos que toda la grandeza de la Virgen se basa en que es la Madre de Dios, nos asegura que esta fe de la Iglesia es una luz que permite vislumbrar la presencia de María ya en el Antiguo Testamento, pues “aparece proféticamente en la promesa hecha a nuestros primeros padres acerca de la victoria sobre la serpiente (Gn 3, 15). Igualmente, Ella es la Virgen que concebirá y dará a un Hijo que se llamará Enmanuel (Is 7,14). Ella misma sobresale entre los humildes y los pobres del Señor, que esperan confiados de Él la salvación y la acogen. Finalmente, con Ella, excelsa Hija de Sión, después de la larga espera de la promesa, se cumple el plazo y se inaugura el nuevo plan de salvación. Es el momento en que el Hijo de Dios tomó de María la naturaleza humana para librar al hombre del pecado por medio de los misterios vividos en su carne” (LG 55). O lo que es lo mismo, María nos acerca al misterio del Hijo de Dios hecho hombre, que ilumina el misterio del hombre y da sentido a nuestra historia.

El Catolicismo Popular está llamado a desempeñar hoy una función importante en este aspecto concreto, ante la opinión de algunos que ponen en duda la divinidad de

Jesucristo o la difuminan mediante vanas y ambiguas elucubraciones que ponen la fe de las personas más sencillas.

2) *Su virginidad perpetua*. Precisamente para resaltar el misterio de Jesucristo y poner en evidencia su condición única de Hijo unigénito de Dios, junto a la maternidad divina, los cristianos insisten, desde los primeros tiempos, en su virginidad perpetua. Porque María concibió a su hijo no por obra de varón, sino por la acción del Espíritu Santo, como nos enseñan los evangelistas Lucas y Mateo.

El Pueblo de Dios ha hecho suya esta verdad desde los primeros tiempos. Dice San Epifanio, “¿cuándo y en qué época ha osado nadie pronunciar el nombre de María, sin añadir al punto, si es preguntado, la Virgen?” (PG 42 706-707).

Virginidad que, en el pensamiento de la Iglesia, según el testimonio constante de los Santos Padres, es una virginidad perpetua, pues como afirma San Ambrosio, “*María es la puerta buena que estaba cerrada y no se abría. Cristo pasó a través de ella, pero no la abrió*” (PL 16, 334).

Contra lo que piensan algunos críticos muy poco informados, la virginidad de María no tiene nada que ver con un rechazo del sexo por parte de los cristianos, como si fuera malo, sino que es otra manera de decir que Jesús, el Hijo de sus entrañas, se hizo plenamente humano en el seno de mujer, pero es el Hijo Unigénito de Dios, que existía desde siempre. Es lo que enseña San León Magno, cuando afirma: “*Entra en la debilidad del mundo el Hijo de Dios, descendiendo de la sede celeste y no alejándose de la gloria del Padre, engendrado con un nuevo orden y un nuevo nacimiento (...) El nacimiento en la carne es manifestación de la naturaleza humana, el parto de la Virgen es indicio del poder divino*” (PL 54, 765-767). Y Timoteo de Alejandría añade: “*Puesto*

que era el Dios incorruptible el que nacía, nació de la Virgen santa sin corromper su virginidad” (Tratado contra los diofísitas).

Es así como Santa María, cuando la llamamos La Madre de Dios o simplemente La Virgen, nos está llevando a Jesucristo y nos está ayudando a penetrar en el misterio de Jesús de Nazaret, Dios y hombre verdadero. Porque estos nombres de Nuestra Señora, que utilizan habitualmente los fieles más sencillos, lejos de oscurecer la Persona y el papel de Cristo, el único Mediador entre Dios y los hombres, nos los dan a conocer en toda su grandeza. Así, además de revelarnos la identidad más profunda de Jesús, la figura de María pone ante nuestra mirada atónita y sorprendida la originalidad de la fe que profesamos: que el Hijo eterno de Dios se hizo hombre, para hacernos a nosotros partícipes de la naturaleza y de la vida divina.

Por eso, suelen decir los grandes expertos que de los cuatro dogmas marianos, los dos primeros, su Maternidad divina y su Virginitad, nos conducen a conocer mejor a Jesucristo; y los dos más recientes, que tienen su fundamento en su maternidad divina, nos ayudan a conocer más a fondo la trayectoria del hombre en su relación con Dios.

5.- María nos ayuda a conocer el presente y el futuro del hombre.

El día 8 de Diciembre es el 150 aniversario de la fecha en la que el beato Pío IX proclamó al Pueblo de Dios que:

“La doctrina que sostiene que la beatísima Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de la culpa original en el primer instante de su concepción por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Cristo Jesús salvador del género humano, está revelada por Dios y debe ser por tanto firme y constantemente creída por todos los fieles” (DH 2803).

Con esta definición, se cumplía un anhelo del Pueblo de Dios, que a la luz de lo que afirma San Pablo sobre la criatura humana, que ha sido *creada “para ser santa e inmaculada en su presencia por el amor”* (Ef 1, 4), venía confesando desde los primeros siglos la Concepción Inmaculada de la Virgen. Por eso, un antiguo himno de la Liturgia (*Akathistós*) llama a María “primer milagro de Cristo”, pues Ella fue concebida sin mancha de pecado original por la gracia del Amado, *“en quien tenemos, por medio de su sangre, la redención y el perdón de los delitos”* (Ef 1, 6-7).

O lo que es equivalente, fue concebida en el amor de Dios y toda su existencia fue un continuo desarrollo de ese amor, porque en Ella se ha cumplido ya de manera excepcional el proceso de predestinación, de elección, de justificación y de glorificación en Jesucristo (Cf Ef 1, 3-12; Rm 8, 29-30). Es natural que los Santos Padres, desde los primeros siglos, no duden el decir de María que es toda santa, *“bajo todos los aspectos, llena de gracia”* (San Epifanio, *Haer.* 58). Y San Efrén el Sirio proclame en el siglo IV:

“Realmente tú y tu madre sois los únicos completa y totalmente bellos, porque no hay en ti, Señor, mancha; ni en tu madre, mancilla alguna. Mis hijos no son ciertamente semejantes a estas dos bellezas” (*Carm. Nisib.* 27, 8).

Los cristianos de Occidente, que se movían en otro contexto cultural y se veían solicitados por otras urgencias, tardaron en centrar su atención en este privilegio de la Virgen, pero lo hicieron con fuerza a partir del año 1200. En el siglo XVII, se suceden los debates teológicos, y en Málaga, siguiendo el ejemplo de otras capitales andaluzas, hicieron juramento y voto de defender la Concepción Inmaculada de María los cabildos catedralicio y municipal. Antes se había movilizado el pueblo, se habían publicado

numerosos escritos en defensa de la Concepción Inmaculada de la Virgen y, según las crónicas, en el mes de Septiembre de 1616,

“se hicieron fiestas muy solemnes, con sermones, misas y regocijados repiques, fuegos y luminarias, procesiones nutridas con grandísimo concurso de fieles, que cantaban y publicaban a voces por las calles el altísimo misterio de la Purísima Concepción, y en tres o cuatro conventos por donde pasó la procesión salieron a recibirla las comunidades con Cruz alta y capa, repicando las campanas con gran regocijo” (Testimonio tomado del padre A. Llorden).

Así respondía también Málaga al llamamiento del rey Felipe III, para solicitar al Papa la definición de un dogma muy arraigado en la fe y en la vida del Pueblo de Dios. Es lo que nos enseña hoy esa exposición espléndida que se ha montado en los salones del Palacio Episcopal, y que nos ayuda a profundizar en nuestra fe y a conocer a fondo nuestra historia. Se trata de una interesante catequesis sobre el proyecto que tiene Dios para el hombre. Pues si los dos primeros dogmas marianos, la maternidad divina de María y su perpetua virginidad, llevaron al Pueblo de Dios a conocer mejor la verdad de Jesucristo, los dos últimos dogmas, su Concepción Inmaculada y su Asunción en cuerpo y alma a los cielos, nos permiten ahora clarificar el significado cristiano del hombre y de toda la existencia humana. El primero de estos dogmas nos enseña qué es el hombre y cuál es su situación presente, sometido al pecado original. El segundo, es la respuesta de Dios a esos anhelos de plenitud y de vida que todos llevamos dentro.

La Concepción Inmaculada de María. En un tiempo en el que los seres humanos en estado embrionario se toman como simple material de experimentos y las conquistas de la ciencia resaltan el protagonismo humano hasta el punto de ver en la idea misma de

Dios un obstáculo que nos impide realizarnos, la figura entrañable de la Virgen María nos pone de manifiesto que la vida es un don divino y el hombre es una realidad dependiente. Frente a la ideología de la autosuficiencia, que reclama que el ser humano se basta a sí mismo y es el único dueño y señor de su vida y de su muerte, la Inmaculada Concepción de María nos habla de la primacía de la gracia y de la necesidad absoluta de Dios para ser lo que estamos llamados a ser.

Ante la permanente tentación del *“seréis como dioses”* (Gn 3,5), la Inmaculada nos muestra que la realización de la existencia en plenitud no es consecuencia y fruto del propio esfuerzo, sino de la apertura a Dios y de la acogida de su gracia, que se ha hecho presente en Jesucristo. Porque el ser humano verdaderamente auténtico no es el individuo encerrado en sí mismo y en su propia suficiencia, sino la *“persona”*, en cuanto existencia libre y comunicada con Dios y con los demás. Con palabras clarividentes del Cardenal Ratzinger, la expresión *“llena eres de gracia significa también que María es un ser humano totalmente comunicado, que se ha abierto completamente, que se ha entregado audazmente y sin límites en manos de Dios, sin temor por su propia suerte. Significa que María vive plenamente a partir de su relación con Dios y que se basa en ella”*.

Por otra parte, su ejemplo luminoso es una llamada a la santidad personal, pues nos enseña que la gracia redentora de Jesucristo, que a Ella la preservó de toda mancha de culpa, a nosotros nos redime y nos introduce en el dinamismo de la nueva creación. Es una posibilidad abierta a todos, si nos abrimos a la gracia de Dios que se nos ha dado en Jesucristo. En la concepción inmaculada de María contemplamos a una mujer de nuestra raza que, desde el primer instante de su ser, se vio llena a rebosar de la infinita oleada de la gracia divina, y de esta manera nos enseña lo que puede conseguir, con la ayuda de la fe, una educación liberadora, que ponga en acción todas las energías

liberadoras de la persona y de las comunidades. Frente a una educación que hoy tiene mucho de amaestramiento, para producir instrumentos de producción al servicio de un mundo inmensamente rico y sin entrañas, la Inmaculada nos recuerda que otro tipo de personas es necesario y posible. Pero sólo, cuando nos abrimos al Misterio y acogemos la gracia de Jesucristo, con la fe de María. Ella es la mujer cabal, la mujer que Dios pensó y diseñó, la mujer con perspectivas de futuro, como trata de enseñarnos el último de los dogmas marianos, en el que deseo detenerme brevemente.

2) *La Asunción de la Virgen*. La proclamación de este dogma es muy reciente, pues la realizó el Papa Pío XII el año 1950. Pero su contenido profundo estaba presente en la fe del Pueblo de Dios desde hace muchos siglos. Y hoy, en los tiempos del pensamiento débil, la Asunción de Nuestra Señora en cuerpo y alma a los cielos se yergue desafiante frente a la cultura del vacío y del nihilismo. Porque si la muerte tuviera la última palabra frente a la vida, todos los valores y las conquistas del hombre quedarían infectados por esa nada que nos acecha y nos amenaza. Porque sin la esperanza en un “más allá”, la existencia humana se devaluaría y “el más acá” perdería solidez y fundamento, porque la muerte, como único horizonte, sometería a su implacable dominio nuestros logros más hermosos.

Los católicos confesamos que la nueva creación, iniciada en Jesucristo, tiene su primer testigo en la persona de María. Ella ha llegado ya a la plena participación de la vida gloriosa del Resucitado y es la vanguardia de la nueva humanidad, pues como dijo Pablo VI, la fiesta de la Asunción de la Virgen *“es fiesta de su destino de plenitud y de bienaventuranza, de la glorificación de su alma inmaculada y de su cuerpo virginal, de su plena configuración con Cristo resucitado; una fiesta que propone a la Iglesia y a la humanidad la imagen y la consoladora prenda del cumplimiento final, pues dicha*

glorificación plena es el destino de aquellos que Cristo ha hecho hermanos, ‘teniendo en común con ellos la carne y la sangre’” (MC 6).

El hombre no es “un ser para la muerte”, como ha escrito erróneamente un ilustre literato y filósofo del siglo XX, sino que es un hijo de Dios, que ha sido creado para vivir eternamente. Y aunque la necesidad de morir es un hecho incuestionable, la fe nos enseña que la muerte ha sido vencida por Jesucristo. Por eso los cristianos podemos exclamar con San Pablo: *“La muerte ha sido devorada por la victoria. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? (...) Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo”* (1Co, 15, 54-57).

El dogma de la Asunción de la Virgen en cuerpo y alma a los cielos ilumina el misterio de la existencia humana y enseña que, lejos de estar destinados a desaparecer en la nada, los hombres en su integridad de cuerpo y alma y el mundo todo, creados y conservados por el amor divino, están destinados a perpetuarse eternamente en la nueva creación, gracias a la muerte y la resurrección de Jesucristo. La Virgen María, que nos ha precedido en este camino hacia la eternidad, es la Estrella de la mañana sin fin que guía nuestra esperanza también en este siglo XXI.

6.- Llamados a celebrar el 150 aniversario de la proclamación de la Inmaculada.

Diversas conferencias y publicaciones que se han dado a conocer entre nosotros en estos días, algunas recogidas en el catálogo de la exposición *“Tota Pulchra”*, resaltan el papel de Málaga en las movilizaciones que se produjeron durante el siglo XVII para pedir la Papa la definición del dogma de la Concepción Inmaculada de María. Sería una inconsecuencia que los católicos nos limitáramos hoy a cantar las glorias del pasado. La celebración de este 150 aniversario, precisamente en el mismo año en que estamos

celebrando el Año de la Eucaristía, es un verdadero signo de los tiempos para revisar nuestra vida de fe y nuestro compromiso con la proclamación del Evangelio.

Esta verdad de fe nos presenta en la persona de María la santidad a la que estaba destinado el hombre. Pero también nos recuerda la meta a la que, gracias a Jesucristo, debemos aspirar todos los bautizados: la santidad. Pues como dice D. Francisco Juan Martínez Rojas, en su artículo del catálogo de la exposición “*Tota pulchra*”,

“La Inmaculada Concepción, como modelo de respuesta completa a Dios, es al mismo tiempo, crítica radical de toda existencia vivida en mediocridad, de toda vida inauténtica y falsa; es más, se convierte en crítica radical de todas las actitudes fatalistas y resignadas frente al pecado personal o comunitario, porque recuerda que, para Dios, nada hay imposible (Lc 1, 37). Es la proclamación profética que recuerda que, como para María un día todo fue bueno, así, de manera diferente, pero igualmente plena, también para la humanidad todo será bueno” (Catálogo, pg 17, col. 2).

Aunque es tarea de todo el Pueblo de Dios descubrir lo que pretende decirnos el Señor a través de este “signo de los tiempos”, que es la celebración del 150 aniversario de la proclamación del dogma de la Concepción Inmaculada de María, por mi parte os propongo algunas sugerencias para que las meditemos y para que intentemos llevarlas a la práctica.

1) Profundizar en el conocimiento de María y en su papel en la historia de la Salvación. Se trata de impartir unas catequesis sencillas y actualizadas, que nos permitan conocerla mejor y purificar todas las carencias del catolicismo popular. Pablo

VI señaló cuatro principios que conservan todavía plena vigencia: que nuestras afirmaciones sobre María tengan una impronta bíblica; que al celebrar sus fiestas, las presentemos en consonancia con la Liturgia; que se tenga en cuenta la nueva antropología y el papel de la mujer en la sociedad contemporánea; que alienten en nosotros el espíritu ecuménico; y que el culto que le ofrecemos no se limite a simples actos externos ni a un sentimentalismo vacío (cf MC 29-37).

Sin un conocimiento actualizado y sólido de la figura de la Virgen y de su papel en la obra de la redención y en la misión Iglesia, nuestro culto puede perder autenticidad y hondura. La Carta Encíclica *Redemptoris Mater* de Juan Pablo II constituye una sólida base para esta tarea y está al alcance de todos. Y contamos, además, con el Catecismo de la Iglesia Católica, que trató de recoger y desarrollar de manera asequible al hombre de hoy las ricas enseñanzas del Vaticano II.

2) *Fomentar en nuestras comunidades un nuevo anhelo de santidad.* El Vaticano II fue muy explícito, cuando dijo que la santidad es la vocación primera de todo bautizado y el fundamento más sólido para evangelizar. En nuestros días, el Papa Juan Pablo II no deja de repetir que “*es necesario suscitar en cada fiel un verdadero anhelo de santidad, un fuerte deseo de conversión y de renovación personal, en un clima de oración siempre más intensa y de solidaria acogida del prójimo, especialmente del más necesitado*” (TMA 42). Y añade en otro documento: “*no dudo en decir que la perspectiva en que debe situarse el camino pastoral es el de la santidad*” (NMI 30).

María, llena de gracia, henchida de la santidad de Dios, aparece como el signo perfecto de un valor muy oscurecido hoy: la fidelidad total a Dios y al hombre; la plena coherencia entre la conciencia y la vida. Frente a un ambiente permisivo y hedonista,

nos habla de la libertad que nos ofrece Jesucristo frente al pecado, de la fortaleza moral frente al pensamiento débil que presenta todos los valores como decisiones subjetivas y relativos, de la fidelidad a la palabra de dada, de la primacía de Dios frente a los anhelos de autonomía del hombre moderno. Pero conscientes de que esta plenitud humana sólo es posible con la gracia de Dios que nos ha merecido Jesucristo.

Sería contradictorio festejar a la Virgen María por su Concepción Inmaculada y hacerlo con grandes manifestaciones externas, pero desde la mediocridad evangélica. Por eso insisto en alentar la santidad. Y pienso que el deseo de santidad es el principal problema que tenemos los cristianos. Pues cuando analizamos la historia de la Iglesia, vemos que todos los movimientos de renovación y de evangelización más llamativos coinciden con la floración de santos; con la presencia de hombres y de mujeres que se dejaron santificar por el Espíritu de Jesucristo.

3) *Promover entre el Pueblo de Dios la “escuela de María”*. El Papa nos ha ofrecido un documento precioso sobre el rezo del Santo Rosario. Es una invitación a contemplar el rostro de Jesucristo y a acompañarle en los momentos centrales de su vida y su muerte de la mano de María. Pues el Santo Rosario, lejos de ser tipo de oración que nos aparta de la vida, cuando uno se adentra con él en la meditación de los misterios del Señor, se ve impulsado pronto a acoger su Palabra y a ponerla en práctica. También el rezo de el “*Angelus*” es una forma de orar profundamente bíblica, que está al alcance de todos los cristianos.

Constituyen, para sus hijos, un modo de participar en la escuela de María. Ella, que sintió en sus carnes la presión de sus mismos familiares para que apartara a Jesús de su camino (cf Mc 3, 31-35), y que fue calumniada por su virginidad desde los primeros tiempos de la Iglesia, tiene mucho que decirnos. Cuando arrecian las críticas amargas e

injustas dentro y fuera de la Iglesia, cuando algunos recurren a la burla y al insulto en nombre de una libertad que no sabe respetar a los demás, el Concilio nos invita a mirar “*hacia Aquella que engendró a Jesucristo, concebido del Espíritu Santo y de nacido de mujer, para que con su ayuda, la Iglesia haga nacer y crecer a Cristo en los corazones de los fieles*” (LG 65). Porque María, la llena de gracia, que desarrolló la fe, el amor y la esperanza hasta los mismos límites en que puede hacerlo el ser humano, es para todos sus hijos un signo sugerente de esperanza y de victoria sobre la mediocridad y sobre el pecado.

Participar en su escuela es apostar por el presente y por el futuro del hombre, por ese “reino de verdad y de vida, de santidad y de gracia, de justicia, de amor y de paz” que nos anunciaba hace unos días el prefacio de la fiesta de Jesucristo, Rey del Universo.

4) Ofrecer y pedir ayuda a las Hermandades marianas. La Virgen puede ayudarnos a todos a fomentar la comunión eclesial, especialmente con ese mundo importante de las Hermandades y Cofradías de Pasión y de Gloria.

Nadie puede dudar sensatamente de los grandes valores del Catolicismo Popular, ni de que es una plataforma valiosa para la evangelización. Por eso, nuestro Plan Pastoral para este curso insiste en profundizar en este fenómeno importante de la Iglesia de Málaga, para intensificar todos sus valores y corregir sus posibles deficiencias. Por mi parte, confío en que el amor de todos a la Virgen nos facilite este hermoso cometido.

Cuando algunos, desde actitudes agnósticas y frecuentemente hostiles a la fe y a la Iglesia, pretenden convertir el Catolicismo Popular en simple cultura, los creyentes tenemos que descubrir el alma de estas manifestaciones religiosas. Porque nadie puede negar sensatamente que hayan generado una cultura específica, pero su verdadero

motor, por muy oculto que esté, es la fe en Jesucristo muerto y resucitado, y el delicado amor a Santa María, la Virgen.

5) *Unir esta efemérides con la celebración del Año de la Eucaristía.* María, que según palabras del Papa, es “*mujer eucarística por excelencia*” (EdE 53), constituye un modelo precioso para reavivar entre el pueblo cristiano la celebración del domingo y su participación gozosa en la Eucaristía, y para intensificar la adoración eucarística, que ha perdido interés en muchas comunidades. “*La Iglesia, tomando a María como modelo, ha de imitarla también en su relación con este santo Misterio. El Pan Eucarístico que recibimos es la carne inmaculada de su Hijo: “Ave, verum corpus natum de Maria Virgine”* (MN 31) Estas palabras de Juan Pablo II, en su reciente Carta Apostólica *Quédate con nosotros*, insinúan un programa sugerente de piedad eucarística, que puede enriquecer nuestra forma de vivir este misterio central de la fe.

Al celebrar el 150 aniversario de la proclamación del dogma de la Inmaculada, los cristianos no podemos olvidar que la Eucaristía, según el Vaticano II, da a la Iglesia su perfección (cf AG 39), porque es fuente y culmen de toda vida cristiana (cf LG 11), ya que comunica al seguidor de Jesucristo la caridad evangélica, que es la expresión más auténtica del seguimiento del Señor (cf LG 33) y prenda de la vida futura (SC 47).

7.- Conclusión

Para los cristianos, la celebración de una efemérides es algo más profundo que un simple recuerdo: es una ocasión de gracia, una nueva oportunidad que nos ofrece el Señor. Como ha dicho la Conferencia Episcopal Española, “en María contemplamos la belleza de una vida sin mancha, entregada al Señor. En Ella resplandece la santidad de la Iglesia que Dios quiere para todos sus hijos. En Ella recuperamos el ánimo cuando la

fealdad del pecado nos introduce en la tristeza de una vida que se proyecta al margen de Dios. En Ella reconocemos que es Dios quien nos salva, inspirando, sosteniendo y acompañando nuestras buenas obras. En Ella encuentra el niño la protección materna que le acompaña y guía para crecer como su Hijo, *en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres* (Lc 2,52). En Ella encuentra el joven el modelo de una pureza que abre al amor verdadero. En Ella encuentran los esposos refugio y modelo para hacer de su unión una comunidad de vida y amor. En Ella encuentran las vírgenes y los consagrados la señal cierta del ciento por uno prometido ya en esta vida a todo el que se entrega con corazón indiviso al Señor (cf Mt 19,29; Mc 10, 30). En Ella encuentra todo cristiano y toda persona de buena voluntad un signo de esperanza” (Mensaje en el 150 aniversario de la definición del dogma, n. 6).

Estas palabras luminosas nos ofrecen algunas interesantes sugerencias para vivir este acontecimiento y para buscar la forma de presentárselo a nuestras comunidades, pues debemos aprovechar la profunda y delicada devoción del Pueblo de Dios a Santa María, la Virgen, y de manera especial, a María Inmaculada, para alentar su vida de fe, de esperanza y de amor a Dios y al hombre.

↙ Antonio Dorado Soto,
Obispo de Málaga

Málaga, Adviento 2004